

Aportaciones del Prof. Artigas a la epistemología y filosofía de la ciencia

Evandro Agazzi

Profesor Ordinario de Filosofía de la Universidad de Génova.

Presidente de la Academia Internacional

de Filosofía de la Ciencia

Agradezco mucho esta oportunidad de volver mi pensamiento a la figura de don Mariano. Para mí es también algo muy emotivo porque tuve con él una amistad de más o menos 35 años. Y me acuerdo que mis primeras correspondencias con él siempre llevaban como dirección Barcelona, como aquí se ha recordado. Además de esta profunda amistad, hubo también una comunicación intelectual muy fecunda. De hecho, todo lo que he oído aquí acerca del pensamiento de don Mariano es resultado de una interacción entre lo que él pensaba, lo que yo pensaba... Él mismo, como siempre persona de grandísima honestidad intelectual, lo menciona explícitamente. Yo también tengo que reconocerlo porque el desarrollo de mi pensamiento también es resultado de haber discutido y profundizado ciertos temas con don Mariano. Y por eso estoy de acuerdo con casi todo en su manera de concebir la ciencia, la filosofía, la religión y sus relaciones.

Se me pidió que presentara algo acerca de las aportaciones de Mariano Artigas a la filosofía de la ciencia. Cuando uno piensa en ello, se encuentra con el problema de definir la originalidad de aquel sobre quien se habla. ¿En qué consiste la originalidad? Muchos piensan que original es alguien que le dice blanco a lo negro o negro a lo blanco. No, esto no es la originalidad. Y menos en el caso de la originalidad que se le puede reconocer a las contribuciones de don Mariano. Lo original es profundizar, ver relaciones, poner de relieve ciertas cosas que, en un cierto sentido, ya estaban aquí y allá pero que no se habían visto con la precisión y la correlación necesarias.

En primer lugar creo que hay que reconocer que la filosofía de la ciencia de don Mariano está a la altura de la mejor filosofía de la ciencia del siglo XX. Don Mariano no rechaza de ninguna manera el estilo de la filosofía analítica de la ciencia que primero exige un conocimiento serio y profundo de, por lo menos, una ciencia. Mi máxima siempre ha sido: no se puede hacer filosofía de lo que no se conoce. Yo me río de muchos filósofos de la ciencia que no conocen ninguna ciencia: los hay muchísimos. Es evidente que no se pueden conocer todas las ciencias. Pero para hacer una filosofía de la ciencia que no sea sólo una charla más o menos brillante, por lo menos hay que haber visitado un edificio científico por dentro. Don

Mariano –lo acabamos de oír– se formó de manera muy seria en una de las ciencias, en particular en la física, y esto le ofreció la posibilidad de visitar con la misma seriedad otros edificios científicos, en concreto, el edificio de las ciencias biológicas.

En segundo lugar, hay que hablar del planteamiento claramente racionalista de Mariano Artigas, algo muy importante en un mundo que en este momento valora sobre todo lo irracional. Don Mariano tuvo un estilo estrictamente racionalista, es decir, argumentar, proporcionar evidencias y argumentos, con rigor lógico y, además, con un enfoque metodológico. Por esta razón, yo creo que es imposible atacar a la producción epistemológica de Mariano Artigas desde el punto de vista analítico. Esto ha sido siempre mi divisa, y fue también la suya. Ninguno de nuestros adversarios ideológicos puede encontrar ni un capítulo o párrafo de nuestra producción que pueda ser criticado desde el punto de vista metodológico. Y esta es una razón por la cual estas personas se encuentran incómodas en muchos debates. No pueden decir: aquí hay un error, aquí falta esto... no. Desde el punto de vista del planteamiento, Mariano Artigas está perfectamente a la altura de la mejor y más exigente epistemología contemporánea.

Ahora bien, ¿cómo concibe la ciencia Mariano Artigas? Es un punto importante. Don Mariano per-

tenece a una línea de pensamiento que considera la ciencia principalmente como una empresa cognoscitiva. Esto no es algo obvio. Hubo una minoría dentro de la filosofía europea y americana del siglo pasado que concebía la ciencia como una empresa de conocimiento. Era la minoría de los positivistas lógicos. Los demás la concebían como una empresa esencialmente económica o pragmática, una empresa que no conoce, sino que hace modelos. Lo malo es que esta postura se encuentra en los epígonos de aquella filosofía analítica de la ciencia: Kuhn, Feyerabend, sociólogos de la ciencia. Pero Mariano Artigas siempre fue fiel a la idea de que la ciencia es una empresa que trata de conocer. ¿Y cómo? Buscando la verdad. Estos son puntos fuertes e importantísimos de su filosofía.

No obstante, alguien podría decir: la ciencia es una empresa que trata de conocer, pero ¿conoce o no conoce? Aquí nos encontramos con una grandísima equivocación que don Mariano supo subrayar. Él, que había estudiado –yo creo que se puede decir así– con cariño a Popper, criticó también a Popper en este punto. Popper se había confundido, aunque don Mariano es tan delicado que nunca lo dice de modo directo. Yo lo digo porque tengo un temperamento muy diferente, mucho más agresivo. Hubo una gran confusión entre verdad y certeza. Nosotros que conocemos la teoría del conocimiento tradicional sabemos

muy bien que en ella se describían unas etapas fundamentales en el esfuerzo de conocer una cierta realidad: se empieza con la ignorancia, luego se pasa a la duda, luego se formula una opinión, y finalmente se trata de alcanzar —a través de pasos que incrementen la «probabilidad»— la certeza. Nosotros que seguimos apreciando la epistemología escolástica, sabemos que todo eso no tiene de por sí nada que ver con la verdad. ¿Cómo es esto? ¿Acaso el ideal no es llegar a un punto en el cual verdad y certeza coinciden? Claro que sí, pero también todos sabemos que se puede considerar cierto algo falso, y no tener certeza a propósito de verdades.

El popperianismo consiste en reconocer que en la ciencia nunca alcanzamos una certeza total, absoluta. Pero esto no tiene nada que ver con la búsqueda de la verdad. Además —es algo que don Mariano supo subrayar muy bien— ni siquiera es tan importante que tratemos de alcanzar la certeza absoluta, puesto que en ninguna circunstancia de la vida ésta nos es imprescindible. Yo creo que ser racional consiste en lo siguiente: conformarse con una certeza que consideramos establecida *más allá de una duda razonable*. Es decir, si no tienes razones para dudar acerca de alguna conclusión, entonces la puedes considerar cierta. Y si un día te surge una razón para dudar, tendrás que revisar tu planteamiento. Esta fue también la manera

en la cual don Mariano concebía la ciencia, el conocimiento, la búsqueda de la verdad y el alcanzar la verdad sin necesidad de alcanzar una certeza absoluta. Fue la idea que sintetizó en el concepto de la «fiabilidad de la ciencia». Publicamos incluso un artículo firmado por Artigas, Agazzi y Radnitzky, que salió en la edición española de *Scientific American* hace muchos años, en el cual defendíamos la fiabilidad de la ciencia. Fiabilidad no significa únicamente que la ciencia se pueda aplicar. No, la fiabilidad quiere decir que podemos tener confianza en el conocimiento científico, aunque éste sea revisable y aunque no sea un conocimiento que goza de una certeza absoluta.

Nos encontramos en este punto con un planteamiento muy interesante que don Mariano no ha desarrollado de manera particular en su filosofía y al cual yo, por el contrario, he dedicado mucho interés. Si se acepta que la ciencia es una empresa de conocimiento que busca la verdad, habrá que reconocer necesariamente el carácter realista de la ciencia. Don Mariano es realista pero no ha desarrollado este tipo de argumentación. Cada filósofo tiene su enfoque. Pero es muy importante referirnos ahora a este planteamiento, justamente porque don Mariano también está dentro del surco del realismo. Porque, ¿qué sentido tiene hablar de que la ciencia busca y alcanza una verdad si, al final, no nos dice cómo son las cosas? Y

si no dice esto, ¿de qué tipo de verdad estamos hablando? Se debe defender la ciencia de modo serio y no sólo de manera edificante. Edificante significaría, en este caso, con el mero objetivo de construir un discurso. Por lo tanto, todos los científicos, o nos dicen sólo cosas edificantes, no la verdad científica, o, si quieren decir algo serio, tienen que ser realistas.

Es aquí donde empiezan las dificultades. Porque si la visión que un científico tiene sobre la ciencia es realista, habrá que ver si lo que su ciencia dice se corresponde con la verdad y, sobre todo, si expresa toda la verdad. Este es el punto clave, porque si alguien se suscribe a una visión realista de la ciencia, entra en la ontología, le guste o no le guste reconocerlo. No puede escapar. Está hablando de lo que es real. Es algo que a muchos no les gusta pero así son las cosas. Al mismo tiempo empieza el discurso acerca de la limitación del conocimiento científico, pero no en el sentido de que lo que la ciencia conoce no sea real, sino en el sentido de que lo que conoce sólo es un aspecto de la realidad que la concreta disciplina científica investiga.

Por tanto, la limitación de las diferentes ciencias no consiste en decir que son débiles, falibles, revisables. Se trata, más bien, de admitir que todo lo que se está diciendo es verdadero pero a propósito de un aspecto. Aquí es donde se ve la ontología. Porque

la tarea ahora consiste en demostrar hasta qué punto la perspectiva del científico abarca lo real. Hay diferentes posibilidades de plantear una solución que no sea un discurso reduccionista. Muchos, y de modos diversos, hicieron críticas en contra del reduccionismo. La perspectiva que adoptó don Mariano, y que comparto con él, puede expresarse del modo siguiente –fue de hecho el título de una ponencia presentada en un congreso de la Academia Internacional de la Filosofía de la Ciencia–: el reduccionismo es una actitud anticientífica. ¿Y por qué eso es así? Porque la actitud científica consiste básicamente en lo siguiente: primero, delimitar los atributos que se quieren investigar; luego, establecer los conceptos del idioma científico que se refieren a estos atributos; en tercer lugar, indicar los métodos para averiguar la referencia a los objetos de investigación y de tal manera apuntar a la verdad. Siendo válido todo lo establecido siempre en relación con un aspecto de la realidad concreto, no con otros. Si alguien pretende que lo que ha elaborado abarque lo todo, en el mismo momento se sale de la ciencia. Esta es la característica de la ciencia moderna, en cuanto diferente a la idea antigua de la ciencia como un saber universal, necesario, etc.

Aquí se ve muy claramente cómo aparecen otros horizontes y que la frontera indica los límites de la ciencia pero también los puntos de contacto

con otras perspectivas. La frontera le dice al científico dónde hay cosas que él no alcanza a ver, a decir o a expresar, pero que, al mismo tiempo, están, por así decirlo, llamadas por lo que él está consiguiendo y alcanzando. Esta perspectiva le permitió a don Mariano hacer no sólo el discurso de las relaciones entre ciencia y metafísica, sino también de las relaciones entre ciencia y religión. Y su postura —esto ha sido bien ilustrado hace un momento al hablar de las figuras de *Oráculos de la ciencia*— no es ni concordista, como si hubiera que poner a todos de acuerdo, ni basada en una separación. Esto es muy importante. Yo quisiera expresarlo diciendo: hay que distinguir sin separar. La distinción implica ver los diferentes puntos de vista pero también hay que ver las superposiciones, porque hay problemas que se ven desde puntos de vista diferentes.

Esta es la postura que yo considero correcta aunque no lo exprese de la misma manera que don Mariano: no todos pueden tener el mismo temperamento equilibrado y no agresivo que don Mariano. Yo mismo he estudiado a Galileo durante toda mi vida bajo distintos puntos de vista, pero yo acostumbro expresar las cosas de una manera un poco más polémica. Cuando hablo con las personas que admiten sólo la visión científica, les digo: miren, todo lo que Ustedes entienden, explican, yo mismo puedo

entenderlo y explicarlo. Pero mi punto de vista me permite ver algo que ustedes no ven. Tengo algo más, no algo menos. Esto, por supuesto, irrita un poco. Pero no es soberbia, es la realidad. Cuando alguien se plantea las cosas desde el punto de vista de la religión, no implica que se vuelva ciego. Todo lo que los científicos pueden explicar —es lo que se ve en las obras de Artigas, ya sean de física, de biología o de evolución—, lo entiendo muy bien. Pero quien no admite nada más que ciencia, se bloquea frente a algo real. Desde mi punto de vista eso quiere decir que puedo integrar dentro de una óptica que añade algo sin perder ningún detalle, los conocimientos, las interpretaciones y las implicaciones racionales de la ciencia.

Yo creo que ésta debería ser la postura correcta. A mí me estorba la idea de que Dios tenga necesidad, que le haga falta, una defensa nuestra. Díganme, ¿cómo puede un verdadero hombre de fe pensar que a Dios le haga falta la defensa? Este no es el espíritu de la apologética. Yo creo que la postura de don Mariano constituye, sin soberbia intelectual, la posibilidad de proponer un mensaje que tiene toda la riqueza posible de lo que nos dan hoy las ciencias, sin renunciar a otras riquezas que nos dan otras dimensiones. Tengo costumbre —y así termino— ilustrarlo todo con un ejemplo. Por ejemplo, cuando mis estudiantes me dicen: la fe es irracional, yo digo: no, no

es ciega. Pero, ¿cómo puedes admitir la existencia de Dios frente a la presencia del mal físico en el mundo, los desastres, los cataclismos, los huracanes, etc.? El supuesto racionalista dice: esto indica que Dios no existe porque –debido a su bondad y sabiduría– no podría permitir todo esto. Entonces todo esto no tiene ni explicación racional ni sentido. El hombre de fe dice: la explicación existe y está en un proyecto divino que no alcanzamos a entender. ¿Quién es en este caso el verdadero racionalista? El segundo, no el primero. El hombre de fe no renuncia a entender, el otro sí. El verdadero racionalista es el que, frente a un hecho que no sabe cómo darle una explicación, que no sabe atribuirle una causa, da el brinco hacia la fe que se vuelve la última playa de la razón. ¿Acaso no es verdad? Sí, es verdad. La última playa de la razón consiste en reconocer, como ya decía el viejo Pascal, que hay miles de cosas que la sobrepasan. Y entonces en vez de decir: la fe es irracional, saber decir: no, tiene que existir una razón que yo no conozco. En este momento mi fe es el último esfuerzo que la razón hace para no renunciar a darle un sentido y un valor a la vida y a lo que nos muestra la experiencia.